

TESTIMONIO DE UNA SOBREVIVIENTE

RUFINA MAYA, salvadoreña, 38 años, única sobreviviente de la masacre del pueblo de Mazote —en el departamento de Morazán, al nororiente de El Salvador— perpetrada, los días 11 y 12 de diciembre pasado, por efectos de la Brigada Atlacatl y de los cuarteles militares de San Miguel y Usulután, ha entregado a un periodista europeo el siguiente relato del asesinato masivo de los pobladores en ese lugar.

Habla Rufina Maya

En la tarde vinieron, nos alinearon, nos quitaron el dinero. Eso fue en la tarde, en la tarde del 11 de diciembre. A las cinco de la mañana, después, el 12, nos alinearon de nuevo. A los hombres los alinearon. Los encerraron allí en la Iglesia a los hombres, y a nosotras en la casa de Alfredo Márquez, el que tiene la casa grande en el mero Mozote, la casa de adobe. A las mujeres nos encerraron y nos empezaron a pedir los cordones de oro, las perlas. A unas se las quitaron primerito, entonces yo dije que a esas mujeres las iban a matar porque les habían quitado sus cosas ya, y nos registraron, bien registraditas, entre cinco.

“Y de allí mataron a los hombres primero. Los mataron a unos pocos frente a la Iglesia, los vendaron y los echaron dentro de la Iglesia, a las doce los sacaron y los empezaron a matar.

“Nosotras escuchábamos los tiros y los estábamos viendo matar por la ventanita. Nosotras abrimos una ventana, pues, y así los vimos. Eran como 84 hombres los que había allí en ese momento. Nosotras los contamos en las líneas. De allí ellos fueron a sacar a los muchachos y los llevaron a los cerros. Y de ahí fueron a sacar a las primeras que mataron de las mujeres, y empezaron a matar a las otras mujeres, eso era a las tres y media de la tarde...

“A las seis y media estaban terminando de matarlas. Esas mujeres no me dí cuenta cuántas eran, pero eran bastantes. De allí, bueno, ya como a las seis me sacaron a mí, verdad?...

“Entonces ya que alinean a las mujeres y a mí me quitaron la niña y me llevaron ahí donde estaban matando. Nos alinearon así y eramos ocho juntas. Yo, cuando me alinearon, me acurriqué así y me metí detrás de un palito de manzano y de una mata de pino, y yo alzaba la ramita del manzano sólo con el dedo, para que no me vieran, y yo decía: que no me vean esos asesinos...

“Y no meneaba la mano, ni me meneaba yo, para que no me vieran, y no me miraban, y entonces todas las mujeres estaban llorando y entonces las ametrallaron y las tiraron amontonadas en una casa y las quemaron ahí y yo ví todo.

“Y fueron entonces a traer a las otras demás. Y ya al último las traían con todo y niños. Los niños, lo ví en la fogata, lloraban porque no los habían matado bien a todos.

“Así que mataron a todas las mujeres se sentaron a mirarlas y pusieron gasolina, y pusieron fuego, y ya. Se sentaron al frente, así mismo como estamos usted y yo ahora, sentados ahí a platicar cuánto había matado uno, cuántos había matado otro y yo oyendo no más ahí.

“Y entonces uno dijo:

— Yo he matado unas catorce mujeres

y a ocho hombres, y el teniente quiere que mate niños, pero yo no mato niños, porque no me gusta matar niños. Las mujeres sí porque ellas saben por qué sufren, como los hombres...

“—Pero dime —le dijo el otro— el teniente Ortega te dijo que tenés que matar niños. Si no, él te va a matar a vos.

— Pero yo, aunque me maten, no mato niños.

Y entonces vino otro y dijo: — ¿quién dice eso para meterle un solo balazo? (y yo pensé que iba a disparar ahí mismo).

“Y entonces el que había dicho que no mataba niños le dijo al otro: —Vámonos entonces a matar niños, pero antes veamos qué sale de aquí de la fogata, porque de aquí de esta fogata puede salir un brujo, puede salir.

“Al rato de estar sentados allí dijo: — No, no sale nada. Vámonos al rastrillo. (y yo ahí sentada, oyendo todo).

“Entonces se fueron y dejaron unas postas allí y entonces yo me dije ya es mejor que me vaya, que vea cómo me salgo. Entonces ellos se fueron al llano y los niños estaban llorando cuando los estaban matando, a los niños. Y las niñas me gritaban a mí, las dos grandecitas más, decían y gritaban: —Mamá, mamá, nos están matando...

“Y yo cómo respondía? Y gritaban los tres niños míos, y a la tiernita sólo la oía llorar. Entonces ellos se fueron, unos matando más niños, y otros ras-trando las casas.

“Entonces el posta oyó que decían “ya está bueno el rastrillo” y entonces el posta se corrió y agarró así para allá, a buscar una gaseosa quizás. Se fue.

“Entonces yo me desaté el pelo hacia adelante y me aventé a la calle. Como andaban unos terneros y unos chanchos corriendo, y otros animales, y como mi vestido era blanco, y con el pelo así, yo dije aquí me salgo, y me salí gateando, y me tiré y me aventé a un manzanal.

“Y ahí me quedé sentada. Como a las once agarré gateando y gateando hasta que salí, pero el manzanal estaba oscuro, y tuve que salir a un clarito, y me ametrallaron con ametralladoras por los dos lados, y yo me crucé, y corrí, y me tiré y me metí por ahí y ahí me quedé, y después ahí me dormí. Hasta el otro día en la noche estuve.

“Y de ahí me salí al otro cerro y tres noches anduve hasta salirme. Hasta que llegué a una casa mí, a otra casa mía, y ahí había un compa con mis otros niños más grandes.

“Y ahí estaban ellos. Y antes que no había nadie, y yo solitilla andaba.

“Sí, así pues, los hombres que mataron, los que tenían formados, eran como ochenta, pero después recogieron más gente, y los niños que mataron eran como doscientos ochenta y dos...

“Sí, sí, cuatro niños me mataron a mí, cuatro niños y el marido. Me los mataron, pues...” ●

“Punto Final”, enero 1982